

LAS MEMORIAS DE VIVIAN GORNICK

Una mujer que se busca a sí misma

Anna Miralles

Vivian Gornick (Nueva York, 1935) nació y creció en el Bronx en el seno de una familia pobre y obrera. Hija de judíos socialistas, Gornick se licenció en 1957 y se graduó en 1960 en la Universidad de Nueva York. En 1969 comenzó a escribir en el semanario alternativo *The Village Voice* dando voz al movimiento feminista radical. Y más tarde lo hizo en *The New York Times*, *The Nation* y *The Atlantic Monthly*. Ha publicado ensayos, textos críticos, periodísticos y memorias siempre desde una clara perspectiva de género, que ha sido su rasgo clave como periodista y escritora. En español se han publicado tres de sus obras: *Escribir narrativa personal*, *Apegos feroces* y *La mujer singular y la ciudad*.

Apegos feroces son las memorias de Vivian Gornick que tienen su continuación en *La mujer singular y la ciudad*, del que nos ocuparemos más adelante. En el Prólogo de *Apegos feroces* Jonathan Lethem dice de manera muy acertada que se trata de un libro “atemporal” y “clásico”. Se publicó por primera vez en inglés en 1986, pero no fue traducido al español hasta el 2017 (ed. Sexto Piso, traducción de Daniel Ramos Sánchez), y treinta y tres años después sigue siendo un libro interesantísimo.

La escritora norteamericana, una mujer madura de cuarenta y tantos años, pasea en numerosas ocasiones con su madre, ya anciana, por Manhattan. Y en este deambular por la ciudad las dos mujeres conversan sobre el presente y especialmente sobre el pasado, tiempo en el que la madre se siente más cómoda, ya que en palabras de la autora: “Nuestros mejores momentos juntas son cuando hablamos del pasado. (...) Lo único que odia es el presente; en cuanto el presente se hace pasado, comienza a amarlo inmediatamente”. Estas conversaciones tienen mucho de combate dialéctico en el que ninguna de las dos sale victoriosa. En sus diálogos hay

reproches, acusaciones, desencuentros, enfados...; solo a veces, muy pocas veces, momentos distendidos, de entendimiento y sonrisas. A lo largo del libro seremos testigos de la difícil relación que han mantenido y mantienen madre e hija.

“La relación con mi madre no es buena y, a medida que nuestras vidas se van acumulando, a menudo tengo la sensación de que empeora”. Estas palabras las lee el lector pronto, en las primeras páginas del libro, y resultan impactantes por la sinceridad y honestidad que se desprenden de ellas, aunque no puede ser de otra manera siendo como es este un libro de memorias. Y un poco más adelante leemos: “Durante esos paseos no nos queremos, sino que a menudo rabiamos una contra la otra, pero de todas formas paseamos”. Gornick se expresa así, con una claridad meridiana.

En estas conversaciones no solamente sabemos de las relaciones personales y familiares de Gornick, de su entorno más cercano, sino que en *Apegos feroces* se retrata también una época y una realidad social, la de los inmigrantes que vivían en el Bronx, irlandeses, italianos y judíos, a mediados del siglo XX.

Conoceremos la infancia y adolescencia de la escritora que se desarrolla en un edificio de apartamentos bullicioso en el que conviven muchas familias judías con pocos recursos, donde la vida de cada una está expuesta a los ojos de los demás. Nada pasa desapercibido y cualquier cambio en la rutina de los integrantes de esa comunidad se vive con gran intensidad. Los espacios están muy descritos, como el apartamento en el que vive Vivian con sus padres y su hermano. En especial cobran importancia la cocina y la ventana de la cocina que daba a un callejón que la escritora recuerda “como un espacio de luz diáfana y aire dulce, inundado,

de algún modo, de un aroma perpetuo de verdor estival”.

En esta parte la narración se centra en hablarnos de la vida de las familias vecinas de los Gornick. Se abre ante nosotros un abanico de personajes esencialmente femeninos que vamos conociendo a partir de los recuerdos de madre e hija.

Y claro está, uno de los personajes sobre el que se sustentan estas memorias es el de la madre. Una mujer dura, inteligente, inflexible, que vive absolutamente entregada a su marido y que entiende el amor como lo más importante en la vida de una mujer. Vive por y para su marido y cuando este muere escoge el sufrimiento y la depresión como compañeros de vida. La pena y la tristeza en las que vivirá instalada la madre a partir de ese momento ahoga a la hija de 13 años que es Vivian.

“Las lágrimas se derramaron y desbordaron, inundaron el rellano, se extendieron por la cocina, atravesaron el salón, golpearon las paredes de los dos dormitorios y nos arrastraron como una marea”.

El contrapunto a la madre de Gornick lo tenemos en Nettie Levine, otro personaje fundamental. Se trata de una mujer con un físico exuberante que fascina a la Vivian niña y que vivirá su vida a su manera.

Nettie es diferente a las mujeres que la rodean. También va a perder a su marido, pero ella vivirá su condición de viuda de una manera absolutamente distinta a la de la madre de la escritora. No va a quedarse en casa llorando la pérdida del marido, sino que por su apartamento pasarán

distintos amantes y vivirá su sexualidad libremente.

Hasta aquí los hombres se mencionan, pero aparecen bastante difusos. El padre de Vivian se vuelve más real una vez muerto. Su presencia es más rotunda con el sufrimiento de la madre. El hermano es alguien que está, pero que apenas tiene trascendencia y del que poco se dice.

Es en el relato de la Vivian madura, que empieza a intentar vivir su propia vida alejada ya del hogar familiar, cuando aparecen los hombres que van a ser importantes por distintas razones: su marido, Stefan; y sus dos amantes Davey y Joe, este último, un hombre casa-

do. Ninguna de estas relaciones la va a satisfacer totalmente y acabarán fracasando.

Apegos feroces es un libro interesante en el que los diálogos son tan importantes como los silencios a los que en ocasiones alude Vivian Gornick, así como las miradas que comunican tanto como las palabras. Es el relato de una mujer que intenta buscar su propia identidad a pesar de la influencia que han ejercido en



ella dos mujeres como su madre y Nettie, y de las que, sin embargo, intenta alejarse para ser ella misma y encontrar su lugar en el mundo. Se habla de las distintas formas de entender y vivir el amor, de la sexualidad, de la soledad, de las decepciones que casi siempre se suceden a las expectativas que uno crea, de la inseguridad... y de las difíciles relaciones entre madres e hijas. En una entrevista que Gornick concedió a El País en julio de 2017 dice: “El movimiento feminista de los años setenta ejerció una gran influencia. Nos llevó a miles de mujeres a pensar cómo nos habíamos convertido en lo que éramos, y aquello nos condujo inmediatamente a nuestras madres. Fuimos las primeras en emprender esa búsqueda existencial y analítica”. *Apegos feroces* es el reflejo de esta búsqueda.

La mujer singular y la ciudad es la continuación del libro con el que inició sus memorias Vivian Gornick, *Apegos feroces*. Se publicó por primera vez en 2015 y tres años después se tradujo y publicó en España (ed. Sexto Piso, 2018, traducción de Raquel Vicedo).

La mujer singular que se menciona en el título es la propia Vivian Gornick, un término que ya aparece en *Apegos feroces* y que hace referencia al estilo de vida que acababan llevando en la Inglaterra victoriana las mujeres sin marido.

Y la ciudad es Nueva York que cobra especial protagonismo en este libro. Para Vivian Gornick Nueva York será la ciudad de “la gente normal y corriente que vaga por estas miserables y maravillosas calles en busca de un yo reflejado en los ojos de un desconocido”. Ahora la escritora no pasará por las calles de Nueva York con su madre, sino que lo hará habitualmente sola, y entre sus conciudadanos es cuando se va a sentir menos sola. El Bronx, donde creció, es un pueblo en comparación con la gran capital; el Bronx personifica la seguridad y el confort

mientras que Nueva York es la vida, el centro del mundo, el espacio de su madurez.

En estos paseos por la ciudad Gornick se encuentra con gente diversa, personajes breves que aparecerán y desaparecerán casi al momento –mendigos, cajeras de supermercados, matrimonios, amigos del pasado, ancianos, parejas interraciales...- que compondrán un mosaico humano que le servirá para recoger anécdotas, vivencias, sensaciones, impresiones... En *La mujer singular y la ciudad* no solo nos hablará de sí misma, sino que también lo hará de los demás, de quienes la rodean.

Aparecerá en este libro un personaje clave en la vida de la autora, Leonard, su amigo gay, inteligente e ingenioso, al que le une una amistad de veinte años y con el que mantendrá conversaciones muy interesantes. La amistad será uno de los temas más recurrente y la autora nos hablará de ella a partir de amistades del pasado y del presente. Para Gornick la amistad es necesaria, y precedera, en ocasiones, porque lo que antes ha unido ahora puede ser motivo de alejamiento; o las diferencias que en otro tiempo complementaban, ahora son motivo de distanciamiento.

Y el amor será el otro gran tema de este libro. La escritora reflexionará sobre las relaciones que ha tenido y sobre la manera de vivir su sexualidad. Se ha casado dos veces con hombres a los que no ha llegado a conocer, según llega a afirmar. Después de sus dos matrimonios fallidos consigue la madurez sexual, aunque aprende que para ella el sexo no lo es todo y que no va a tolerar las relaciones desiguales. Considera a los hombres una “especie distinta a la mía” y se plantea renunciar al amor para centrarse única y exclusivamente en el trabajo para llegar a ser alguien en el mundo. En el amor, Vivian Gornick es donde se siente más vulnerable, y

menos segura. Rechaza el amor romántico, pero en un momento de su vida lo buscó irremediablemente, centrándose en encontrar al hombre adecuado, aunque parece que solo encontró al hombre equivocado. Afortunadamente tiene a Leonard, su amistad es puerto seguro.

Tanto *Apegos feroces* como *La mujer singular y la ciudad* son dos libros de lectura recomendable. Resulta admirable la lucidez con la que escribe sobre su vida y sobre la vida. En el primero la implicación emocional de la autora es mayor, es un libro mucho más intenso; mientras que la segunda parte de sus memorias está escrita con la perspectiva que da el paso del tiempo, -tiene ya 80 años cuando se publica-, por lo que se muestra más reflexiva y algo más comedida. Aunque no es obligada una lectura de los dos libros en orden, si es aconsejable leer primero *Apegos feroces* y después *La mujer singular y la ciudad* para tener una visión completa de la mujer que fue y es Vivian Gornick.

Anna Miralles (Sabadell, 1967) es licenciada en Filología Hispánica por la Universitat Autònoma de Barcelona. Profesora de Secundaria de Lengua Castellana y Literatura. Colabora en la revista literaria digital *Abrir un Libro* (www.abrirunlibro.com) escribiendo reseñas de libros, también en la versión en catalán de la misma revista, *Obrir un llibre* (www.obrirunllibre.cat).